

ciudadanos, la traición de los poderosos, la inhumanidad de su juego. Pero lo hace a través del diálogo de dos personajes con algo de clown, con ecos de *Esperando a Godot*. Personajes que quedan caracterizados desde la primera línea, que utilizan un lenguaje deliciosamente cadencioso, ingenio y cálido, en un texto en el que, sin ira y con gran delicadeza, se muestra en pocos minutos el desbaratarse de un sueño. Una joyita, según mi entender, que debería incluirse en cualquier antología de teatro breve de nuestro tiempo que se precie.

*Made in Spain* es la más abiertamente humorística de las tres. Nuevamente es una sátira, no carente de contenido político, pero que resulta incómoda por su "incorrección": esta vez los retratados con tintes no particularmente favorecedores no son

los políticos o los ricos (recurso este que, al cabo, siempre va a contar con la complicidad de la audiencia), sino los trabajadores, a quienes, a través del filtro de la comedia y utilizando recursos nada agresivos pero eficaces, también se reclama responsabilidad en la construcción del día a día: crítica de la cultura de la queja y la pereza, resume en su título y su imagen final una toma de postura: todos tenemos responsabilidades; todos tenemos derechos pero también obligaciones.

Estas tres obras muestran, pues a un Fernando Almena vigilante y comprometido con su entorno, y maestro en las distancias cortas. La aparente sencillez de los textos no esconde un cuidadoso mimo del lenguaje. Como decía al principio, una sorpresa para muchos. ■

## La mirada histórica

de José María Rodríguez Méndez

Virtudes Serrano

**Reconquista y La chispa**

de  
José María Rodríguez  
Méndez  
Edición y prólogo:  
José Romera Castillo,  
Madrid,  
Universidad Nacional  
de Educación a Distancia,  
1999

José María Rodríguez Méndez es historia del teatro español de nuestro tiempo; hace en su teatro historia de nuestro país; y su obra formará parte con todo derecho de la historia de la literatura dramática española del siglo XX. Él ha trazado la imagen de los soldados que combaten en litigios que no les pertenecen; ha puesto ante el público a sufridos opositores y a desposeídos de la fortuna; a minorías marginales y marginadas, a individuos rechazados y castigados por su debilidad o su diferencia, sacados del vivir cotidiano de un aquí y ahora de cada momento de la escritura de un texto. También ha fijado su atención en seres honrados por la historia oficial (Isabel la Católica —"Isabelita"—, San Juan de la Cruz —"El pájaro solitario"— o Santa Teresa). Y, por supuesto, en ese pueblo madrileño, castizo y sacrificado, que reaparece una y otra vez para asomar ahora al polisémico título del segundo de los textos de la edición que comentamos.

En el "Prólogo" de la misma, José Romera Castillo explica su opinión sobre la necesidad de que la Universidad "además de publicar estudios críticos, cargados de erudición, debería acoger en

su seno, en el espacio filológico, el impulso de la creación literaria" (p. 12). Se manifiesta, así mismo, a favor de la publicación de textos dramáticos como forma de completar el panorama de los géneros (poesía, novela, ensayo) que suele aparecer por lo común privado de este hermano aventurero que osa abandonar el recinto de la escritura para compartir los ambientes de la escena.

El profesor Romera ha dado cumplimiento a su loable deseo al inaugurar una colección de teatro español contemporáneo con estas dos piezas de Rodríguez Méndez, una de las voces que, con independencia de afectos y rechazos, merece ocupar un puesto de preferencia en el panorama de la dramaturgia española de este siglo XX que se extingue.

La edición, que sería interesante sólo por las dos obras que la componen, se ve arropada por un prólogo sobre la modalidad de teatro histórico en la que se inscriben dichos textos, ilustrado éste con 103 notas finales en las que el estudioso podrá encontrar documentación abundante sobre tal especie dramática y sobre el autor elegido para ejemplificarla.

El editor, que en junio de 1998 dirigió un Seminario Internacional sobre teatro histórico (los trabajos presentados en el Seminario pueden verse en José Romera Castillo y Francisco Gutiérrez Carbajo, eds., *Teatro histórico (1975-1998): textos y representaciones*, Madrid, Visor, 1999), declara su intención de realizar un prólogo distinto a los que “se estilan” y opta por componerlo, en lo que se refiere al dramaturgo y su obra, a partir de testimonios directos del propio Rodríguez Méndez, lo que encuadra con el ilustrativo título: *(Auto) explicaciones de Rodríguez Méndez*. Desde ellas, el dramaturgo opina sobre el teatro español actual con un anti-conformismo del que ha hecho gala en múltiples ocasiones y en muchas de ellas no carente de razón. Una parte de los textos glosados se refieren a su propia trayectoria dramática y a su vinculación con el teatro de tema histórico e intención crítica, que cultiva desde sus comienzos eligiendo a España y a los españoles como objetos de su dramaturgia. Como he afirmado en otro lugar, toda la obra dramática de José María Rodríguez Méndez es histórica (él prefiere hablar de teatro “historicista”) en tanto que recoge y recupera situaciones y conflictos del ayer y del hoy de nuestro país y de sus habitantes, percibidos en el deambular callejero de su autor o extraído de la documentación sobre el ayer, suceso o mito, que se contiene en el rico filón de la historia y la leyenda.

El volumen recoge dos textos que recuperan sendos fragmentos del ayer hispano. *Reconquista*, título de la primera de las piezas, coloca al receptor en el momento y la circunstancia histórica. El autor confiesa en un texto transcrito en el prólogo de la edición que comentamos (página 31) que “la obra que sigue fiel a la crónica latina, escrita en mal latín clerical por el Abad de Oña, caricaturiza la figura de Alfonso VI, de su hermana Urraca, del Cid, etc., etc.”; pero añade que lo que llamó sobre todo su atención fue la posibilidad de que el unificador de los reinos de Castilla y León hubiese desposado a su hermana Urraca. Tomando como base del conflicto tal circunstancia, Rodríguez Méndez muñequiza a sus criaturas dramáticas hasta hacerlas responder al concepto expresado en el subtítulo de la pieza: *Guiñol histórico*. De esta forma,

jugando con la historia y con la imaginación, traza una grotesca imagen de un delirante pasado, juzgado como glorioso o como catastrófico según el ojo que lo mire: “Así pretendía yo salir al paso de los peligros que entraña la aceptación sin crítica de las fuentes históricas y que tras los grandes fastos se encierra siempre la caricatura de ellos” (“Prólogo”, cit., página 32).

Otra estética guía la construcción de *La Chispa (Aguafuerte dramático madrileño)*, donde se recogen un tiempo y un espacio de violento dramatismo, los sucesos del 2 de mayo de 1808. Otra vez el subtítulo ayuda a delimitar la posición del autor ante los materiales elegidos para su drama. Con Goya al fondo, evocado por el término artístico “aguafuerte”, y ese pueblo de Madrid como protagonista, víctima rebelde de los desmanes del poder represor, tan querido y tantas veces dramatizado por él, Rodríguez Méndez, también madrileño, plasma en el marco del teatro de nuestro siglo un ejemplo del valor popular de antaño. No faltan en la pieza esas mujeres heroínas activas y víctimas inocentes que con tanta destreza sabe trazar y cuya imagen, en este drama, ejemplifican, sobre todo, Tana y La María, en el momento en el que deciden no romper sus costumbres tras el ataque gabacho:

TANA: María, haga usted el favor de peinarme...

LA MARÍA: (*Asombrada*) ¿Peinarla?

TANA: ¿Pues no me peina usted todos los jueves? ¿Y qué día es hoy? [...] Pues a peinarme... (página 127).

No se podrían dar por terminadas estas breves consideraciones sin mencionar la riqueza, habitual en nuestro autor, al manejar los registros lingüísticos con los que se expresan sus personajes y que los configura dentro de su identidad dramática actuando así como signo teatral.

La del profesor Romera Castillo es una iniciativa digna del mayor aplauso. La obra de José María Rodríguez Méndez se merece ser conocida y reconocida por sus contemporáneos y por “los tiempos venideros”, aquellos referidos por Pintamonas, al final del “aguafuerte dramático” que es *La Chispa* pintada por el dramaturgo contemporáneo. ■